**Domingo de la santísima Trinidad (A). 11.06.2017: Juan 3, 16-18.**

***“¿Un hijo de su padre y de su madre?”* Sí. Y lo escribo… ¡CONTIGO!**

El texto que se nos propone como buena noticia para el domingo día once de junio está tomado del Evangelio de Juan. Tres versículos nada más de un capítulo que tiene treinta y seis: Juan 3,16-18: *“Tanto amó Dios al mundo que dio a su hijo único, para que todo el que crea en él no desaparezca, sino que viva siempre. Dios no ha enviado a su hijo al mundo para juzgarlo, sino para salvarlo. El que cree en él no será juzgado. El que no cree en el nombre del hijo único de Dios ya está juzgado”*. Este es el relato. Completo. Y se leerá así, tal cual, en cada una de las misas eucarísticas de la celebración de la fiesta de la Santísima Trinidad.

Este relato leído, descontextualizado, arrancado de cuajo de la tierra donde está arraigado es como desear que un corazón tenga vida propia arrancado de su tierra natural de venas y arterias de un cuerpo donde anima y es animado. Se podrán decir mil lindezas de un corazón contemplado fuera del contexto del cuerpo al que pertenece. Sin embargo, un corazón arrancado de cuajo de nada le servirá al ser vivo para el que fue creado y con el que fue creciendo.

Este texto del Evangelio de Juan pertenece a un discurso que este Evangelista colocó en labios de su Jesús de Nazaret. Se puede afirmar casi con total seguridad que estas palabras nunca salieron de la boca de Jesús, porque seguramente no llegaron a formar parte del patrimonio de sus neuronas. Cuando se lee con detenido sentido crítico todo este capítulo tercero de Juan se comienza uno a convencer de que nuestro llamado Evangelista Juan es un excelente teólogo y cristólogo, es decir, un buen creyente en su Dios y en su Cristo. Pero que, tal vez, nunca conoció a Jesús en la salsa de su vida por los poblados y entre las gentes de su tierra en la época de la dominación romana del siglo primero.

Estas palabras del Evangelio para la fiesta de la celestial familia de la Trinidad forman parte de un amplísimo relato de un imaginado encuentro de Jesús de Nazaret con un alto y distinguido maestro de la Ley judía llamado Natanael (Natán-el). ¿Sucedió un encuentro así entre Jesús de Nazaret y un magistrado de la Religión Judía? ¿Por qué no? ¿Por qué sí? En ninguno de los tres primeros Evangelios, los sinópticos Marcos, Mateo y Lucas, se cuenta un hecho semejante a éste del Evangelio de Juan. Si llegó a producirse un encuentro real e histórico como el que nos transmite Juan, ¿cómo es posible que se conocieran tan perfectamente las preguntas del magistrado y las repuestas de Jesús si nadie más estuvo presente y ninguna constancia, escrita o de audio o de imagen, se guardó de tal evento?

¿Acaso en un relato como este puede pensarse sin sonrojarse que Jesús le estuvo desvelando al judío Natanael el muy posteriormente llamado, en las reflexiones eclesiásticas de siglos posteriores, misterio de ‘la Trinidad de Dios’, santísima? El teólogo Evangelista de este encuentro de Natanael con Jesús no hace otra cosa que poner en los extremos de una mesa común una religión como la judía, con todas sus leyes, instituciones y tradiciones y, en el otro lado a Jesús con su experiencia de ser hijo, como todos los seres humanos somos hijos. Es decir, para este Jesús de Nazaret sólo existe la experiencia de ser persona. No hay otra religión. La religión es ser persona. Si no se comprende así, habrá que nacer de nuevo (3,3).

**Domingo 29º del Evangelio de Marcos (11.06.2017): Marcos 8,22-26.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

La narración de Marcos 8,22-26 cierra el ciclo de los cinco signos de los que hablé en comentarios anteriores y que nos permiten a cuantos leemos esta buena noticia conocer más a fondo y en directo la humanidad de Jesús de Nazaret. ¿No nos anticipó ya la persona narradora que no hay peor ciego que quien no quiere ver? Pues el punto y seguido con el que se cierra el hacer y el decir de Jesús en Galilea es la curación del ciego de Betsaida, poblado situado en la orilla occidental del lago-mar de Galilea.

La totalidad del relato y cada uno de los pormenores son materia de contemplación y comentario no para una página, sino para una página casi interminable. La capacidad de ver se inicia desde la compartida capacidad humana para tocar. Quienes traen al ciego ante Jesús sólo le piden que le toque. Y así lo hizo este hombre tan persona de carne y hueso: lo tomó de la mano y lo besó hasta en los ojos. ¿Qué otra cosa es ponerle a uno saliva en los ojos? Y luego, lo abrazó, entrañablemente. Y comenzaron a hablar… De tú a tú. Los dos. ¿Hablar es tocarse?

¿Esta es la terapia sanadora? Besar y abrazar así se me asemeja a enseñar a ver. Tacto y vista. ¿Es esta la experiencia plena de la confianza en la otra persona? Tu adiestrada mano de narradora, María Magdalena, nos ha regalado este relato de la sanación de un ciego en paralelo y semejanza con la reciente sanación de un sordo en 7,31-37. Ver, oír y tocar. ¿Acaso no estamos ante acciones tan humanas y tan propias de todo tipo de personas sea cual sea su color, su raza, su cultura, su CV que se diría hoy como curriculum vitae…?

Y me gustaría añadirte, mi encantadora mujer y evangelista, que el último relato sobre Jesús de Nazaret que es el cuarto Evangelio tomó buena nota de este tu ‘ciego de Betsaida’ (Marcos 8,22-26). Por eso en este domingo del día once de junio me releeré en mi despaciosa contemplación el capítulo noveno del Evangelio de Juan, la curación de ‘El ciego de nacimiento’ por Jesús en Jerusalén durante la celebración de la fiesta de la religión judía llamada de ‘Las Tiendas’: *“Mientras caminaba, Jesús vio a un hombre que era ciego de nacimiento… Si estuvieran ciegos, no tendrían pecado, pero como dicen que ven, su pecado permanece”* (Juan 9,1-41). Tus cinco versículos de narración sanadora de la ceguera, el evangelista Juan los ha convertido en un inmenso relato teológico de cuarenta y uno. Sublime.

¿Quién es este ciego de Betsaida, María Magdalena? ¿Este ciego es tu propia persona y tu propia experiencia de fe? ¿Este ciego es cada una de las personas que conocisteis a Jesús en su misión evangelizadora por vuestra tierra de Galilea? ¿Este ciego es todo el pueblo de Israel, el de entonces, y el de ahora y de cualquier otra religión como la nuestra? Me resisto a creer que ese ciego era un ciego como los que pertenecen al colectivo de nuestra ONCE (Organización Nacional de Ciegos de España).

Este ciego de Mc 8,22-26 me invita también a ‘mirar con ojos críticos’ al ciego Bartimeo de Mc 10,46-52. El ciego de Betsaida cierra la narración del ‘hacer y decir’ de Jesús en Galilea. El ciego Bartimeo pone fin al relato del camino de Jesús. Ambos, fiados de Jesús…, ¡aprendieron a ver!